

de Nerón, Josefo, cargado de cadenas para ser conducido á Roma, había dicho á Vespasiano: «Mírame; soy profeta y te predigo que llegarás á ser emperador» (1).

El 1.º de julio del 69, fué proclamado en Alejandría por el prefecto de Egipto; dos días después, el ejército de Judea lo proclamó igualmente, y Mucio hizo que sus legiones prestaran luego al punto juramento. En honor de sus tropas y de su nuevo príncipe, consignemos que no influyó en esto cosa de donativo extraordinario. Faltaba dinero hasta para los preparativos de la empresa, y fué preciso hacer requisiciones entre los provinciales. Mucio dió todo lo que tenía y otros siguieron su ejemplo, especialmente los reyes aliados de Edesa, de Comágene y de Itúrea. Los unos y los otros creían colocar sus fondos á crecido interés sobre la victoria; pero no todos, añade Tácito, tuvieron como Mucio el derecho y el poder de indemnizarse.

De común acuerdo se decidió que fueran diputados á la Armenia y al país de los partos para garantizar la paz de las fronteras: que Tito, el hijo mayor del príncipe, se encargara de reducir á Jerusalén; Vespasiano de cerrar el Africa ocupando Alejandría y Cartago para reducir por hambre á Roma, y Mucio de marchar sobre Italia y arrastrar las legiones del Danubio; finalmente que se despacharan mensajes apremiantes para agitar las Galias, y quebrantar la ya sospechosa fidelidad de los ejércitos de Bretaña y España y hacer esperar á los pretorianos su restablecimiento. Las siete legiones del Ilírico, decididas de antemano, ni aun esperaron á Mucio y tomaron la delantera al activo impulso de un legado legionario, Antonio Primo, hombre desacre ditado y mal ciudadano, pero soldado valeroso y resuelto, que sabía mandar y hacerse obedecer (2). Se tomaron á sueldo del ejército los jefes de los sármatas yacigos, que se encargaron de guardar el Danubio, y dos reyes de los suevos, Itálico y Sidón, los cuales siguieron á Primo, cuando á pesar de las órdenes de Vespasiano pasó los Alpes Julianos á la cabeza de la caballería y de los vexilarios.

Los vitelianos se habían puesto también en movimiento; pero nadie hubiera reconocido en aquellos soldados lánguidos y enervados que marchaban sin orden y casi desarmados á lo largo de la vía Flaminia á aquellas fieras legiones de Germania, tan famosas también en todo el imperio. Los más bravos se habían quedado en Roma en las nuevas veinte cohortes del pretorio y de la ciudad.

El jefe de los otros, Cecina, celoso del influjo de Valente, había abierto los oídos á las proposiciones de Sabino, hermano de Vespasiano, que era prefecto de Roma. Cecina no quería traicionar sino con conocimiento, y á fin de dar á sus agentes el tiempo necesario para concluir el trato, eligió con un golpe de vista militar, que prueba su destreza, la línea del Adige para detener al enemigo, dueño ya de Aquilea, de Vicencia, de Padua y de la plaza fuerte de Verona. Con su lentitud calculada permitió que los flavios reunieran más de cuarenta mil hombres y que su cómplice Lucilio Baso decidiera la defección de la flota de Ravena. Cuando le llegó la noticia, hizo quitar de su campamento las imágenes de Vitelio é inscribir en las banderas el nombre de Vespasiano. Pero los soldados se indignan de esta traición contra el elegido de las legiones de Germania y lanzándose sobre Cecina, lo encadenan, y sin jefe y en des-

(1) Suetonio, *Vesp.* 5, y Josefo, *Bell. Jud.* III, 8, 9. Tácito, *Hist.* II, 74, 78; V, 13: *Profecti Judaea verum potirentur.*

(2) Tácito, *Hist.* II, 36. Era un gallo de Tolosa, llamado Beco. Expulsado del senado el año 61, por una falsificación, fué restablecido por Galba, que le dió el mando de la legión VII.^a *Gemina* (Suetonio, *Vitel.* 13; Tácito, *Ann.* XIV, 40; *Hist.* II, 86).

orden, abandonan sus líneas y van á reunirse con las tropas que dejaron en Cremona.

Para aprovecharse de la sedición, pasa Antonio Primo el Adige, que no está ya defendido, y en dos días llega á Bedriacum, desde donde puede impedir la llegada de socorros que Valente no dejará de conducirles. Además, resuelto á dar un golpe decisivo antes que las provincias transalpinas se remuevan y aparezcan los germanos, que amenazan con una invasión por la Recia, hace un reconocimiento hacia Cremona y encuentra á ocho millas de Bedriacum dos legiones enemigas, á las cuales rechaza con grande ímpetu sobre la ciudad.

Otras seis legiones entraban en ella en aquel momento, después de una marcha de treinta millas en un día. En vez de reposar de tan largo camino, atraviesan la ciudad y el campo atrincherado que la defiende, y atacan briosamente dando apenas tiempo á Antonio para recordar á las legiones de la Mesia que esta contienda es menos la de dos emperadores que la de los dos ejércitos, el del Rin y el del Danubio.

Batiéronse toda la noche. Habiéndose levantado la luna á espaldas de los flavios proyectaba por delante de sus líneas grandes sombras de hombres y caballos que engañaban la vista y desviaban la puntería de los vitelianos, mientras éstos vistos en plena claridad ofrecían seguro objeto á las flechas, de las cuales no se perdía ninguna.

Por la mañana, la tercera legión llegada de Siria adoró al sol saliente, y al mismo tiempo, á la noticia de que llegaba Mucio resonaron gritos de alegría: el ejército hizo un poderoso esfuerzo y forzó el campamento.

Los vitelianos desesperaron de poder resistir más y corrieron cerca de Cecina, á quien dieron libertad y suplicaron que intercediera por ellos, enarbolando en las murallas de la ciudad los velos y cintas de los suplicantes. Desde Sila, era esta la primera victoria que las tropas de las provincias orientales ganaban sobre las de Occidente.

Durante la lucha, un padre había dado muerte á su hijo y un hermano á otro: es el crimen ordinario de las guerras civiles; pero uno de los parricidas se preció de su hazaña y hubo de reclamar de los generales una recompensa. «Semejante desgracia se vió también en el tiempo de nuestras antiguas discordias, dice Tácito; un soldado de Pompeyo mató á su hermano en las filas de Cinna; pero habiéndolo reconocido luego, no quiso sobrevivirle y se traspasó con la misma espada.» La misma guerra civil había degenerado.

El día de la batalla se celebraba una gran feria en Cremona. La codicia de los vencedores se excitó á su vista y por espacio de cuatro días estuvo entregada la ciudad á las brutales pasiones de cuarenta mil soldados furiosos y otros tantos esclavos sirvientes. Los flavios hicieron á los vitelianos los honores del pillaje y sellaron su reconciliación sobre las humeantes ruinas de la ciudad. Luego que lo hubieron destruído todo, vidas y haciendas, le pegaron fuego, y de aquella floreciente colonia fundada doscientos ochenta y seis años antes, sólo quedó en pie el templo de Meftis, y esto por estar fuera del recinto (3).

La destrucción de Cremona resonó dolorosamente en el corazón de Italia. Hacía más de un siglo que la península no había oído son de armas, salvo lo de Bedriacum,

(3) Tácito, *Hist.* III, 1-35; Dion, *LXV*, 15; Josefo, *Bell. Jud.* IV, 41. «Los vitelianos fueron los que más daño hicieron, porque conocían las casas de los ricos.» A pesar de una orden de Antonio de dar libertad á todos los cremonenses cautivos, los retuvieron los soldados para venderlos como esclavos, y no presentándose ningún comprador, comenzaron á matarlos (*occidi capere*). Tácito, *Hist.* III, 34. Entonces los parientes y los aliados los rescataron secretamente.

ni visto una cabaña quemada, y he aquí cómo panonios y dálmatas, suevos y mesios y sirios venían á renovar los daños que cuatro generaciones no conocían sino por narraciones de los mayores en las veladas de la noche. Bien comprendían los jefes lo odioso del saqueo de la ciudad, pero tuvieron que tolerarlo, porque no eran dueños de sus soldados, los unos porque carecían de autoridad, como Pomponio Silvano «que perdía en hablar las ocasiones de obrar, y los otros, porque procuraban recobrarla por medios funestos, como Antonio, que les abandonaba el derecho de sustituir á sus oficiales muertos.» Los sufragios dieron grados á los más turbulentos, y no dependiendo ya del jefe los soldados y siendo á capricho de ellos nombrados tumultuariamente los jefes, pagaba la disciplina, que todos quebrantaban y corrompían.

Fabio Valente, que no había podido pasar por Rímini ni por Rávena, á causa de la defección de la flota, supo en Etruria el desastre de Cremona, y formó el proyecto de embarcarse para la Narbonense, ir á sublevar las Galias, la Bretaña y la Germania y volver á empezar su primera campaña.

Pero la Narbonense se había pronunciado ya por Vespasiano, y arrojado Valente por una tempestad á las islas Hieres, cerca de Marsella, fué apresado por las galeras del procurador Valerio Paulino, y poco tiempo después, decapitado. Esta noticia y las que llegaban de Italia decidieron la defección de España y de Galia; sólo Bretaña vacilaba aún, y viendo los insulares en estos conflictos una probabilidad de emancipación, se lanzaron de nuevo á la guerra.

En el Rin, levantaba Civilis á los bátavos, menos contra Vitelio que contra Roma; á la vez se agitaba la Germania, y sintiendo todos los bárbaros, desde el bosque Hercinio hasta el Cáucaso, que el imperio había retirado de ellos su poderosa mano para volverla contra sí mismo, se levantaban en armas y marchaban al ataque de las desgarnecidas fronteras.

Los dacios, por su parte, habían pasado el Danubio; el Euxino se cubría de piratas, y en el Ponto, un liberto del último rey llamaba á las armas á los pueblos vecinos.

En medio del ruido de este imperio que se derrumbaba sobre su cabeza, «oculto (Vitelio) en las umbrías de los jardines de Aricia,» parecía no oír ni ver nada, «semejante á esos animales inmundos que después de hartos se echan y duermen.» Había tomado el imperio por un festín perpetuo y quería acabar con el festín. Al despertarse, empero, supo los sucesos de Cremona y á la aproximación de los flavios hizo salir de Roma catorce cohortes pretorianas, toda la caballería y la legión formada con los soldados de marina. Eran hombres escogidos: con ellos podía cerrar el Apenino, cubierto ya de nieves, y acaso poner en peligro al ejército victorioso, que Antonio precipitaba sobre la capital, sin orden ni disciplina, á fin de llegar antes que Mucio.

Pero no supo aprovecharse de estas fuerzas, y el rumor de que una nueva guerra estallaba á su espalda, los detuvo en la fuerte posición de Narnia. Un centurión, con supuestas cartas de Vespasiano, acababa de arrastrar á la defección la flota de Miseno. Puzolo, arruinada si continuaba la guerra, se había pronunciado por el que mandaba en Egipto y en Asia; Capua, por rivalidad, permaneció fiel á Vitelio; pero una tropa que envió contra los rebeldes se pasó á su campo, y todavía arrastraron á su causa á Terracina. Y los marsos, los pelignios y los samnitas se unieron á ellos: así, del imperio del mundo, no le quedaba más espacio que el comprendido entre Circei y Narnia.

Pero hasta el ejército acampado en este último punto hizo defección, cuando se le enseñó la cabeza de Fabio Valente, á quien suponía ocupado con buena fortuna en sublevar la Galia y la Germania (17 dic.).

Los jefes de los flavios sabían quiénes eran sus soldados, y temían para Roma si se tomaba al asalto, la misma suerte de Cremona, cuya destrucción había parecido á toda Italia un hecho propio de bárbaros (1). Antonio y Mucio enviaron á Vitelio urgentes mensajes, que lo decidieron á tratar con Sabino, hermano de Vespasiano y prefecto de la ciudad, aceptando sus condiciones: la vida y cien millones de sestercios en un retiro de la Campania. Pero si él era capaz de descender vergonzosamente del poder y acomodarse á la condición á que se dignara suje-



Cave Canem, mosaico de Pompeya.

tarlo su rival, ni los antiguos legionarios de Germania, que lo habían elegido para explotar su reinado, ni la canalla de Roma, que se reconocía con placer en aquel príncipe ebrioso y glotón, estaban por renunciar á las ventajas que se habían prometido. Soldadesca y pueblo se pusieron de-

(1) Dion dice de los flavios, que no mostraban tanto ardor sino por pillar á Italia (*LXV*, 9). Eran, en efecto, bárbaros. Recordamos que Antonio había tomado á sueldo á dos reyes suevos, que con los suyos formaron en primera línea en la segunda batalla de Cremona (*Tácito*, IV, 21). Los soldados de la flota de Rávena eran en su mayor número (*magna pars*) dálmatas y panonios, que se repartieron en las legiones. La caballería hizo buen juego en esta guerra: sostenida por las cohortes auxiliares, había tenido parte principal en el éxito de la primera jornada delante de Cremona, y esta caballería y estas cohortes se habían reclutado especialmente en las provincias en que acampaban las legiones. Tácito (*III*, 19) dice de los auxiliares mesios que valían tanto como los legionarios. Pues bien, una sola legión, la 11.^a, constaba de seis mil auxiliares dálmatas (*Ibid.* 50). El ejército que primero marchó sobre Roma, después del desastre de Cremona, se componía de las cohortes auxiliares, de la caballería, de un destacamento de legionarios escogidos, de los dálmatas y panonios de la flota, y no constituía más que una sola legión, la 11.^a Como se ve, no sin razón tenían los jefes por la suerte de Roma.

El ejército viteliano no estaba mejor organizado. Civilis recuerda á los galos (*Tácito*, IV, 17) que en la batalla contra Vídice, la caballería

acuerdo una vez más en favor del innoble personaje, sin corazón ni talento, que por sus vicios les era tan simpático; y cuando desde las gradas de palacio anunció á la multitud «que renunciaba al imperio, de que se había encargado, mal su grado,» se levantaron violentos clamores, que lo obligaron á retirar su abdicación.

Pero la noche reavivó sus temores. Ya al amanecer salió de palacio envuelto en una toga oscura, rodeado de sus sirvientes, hoscos también y lacrimosos, y seguido de su hijo, menor de edad, conducido en una litera. Hubiérase dicho un cortejo fúnebre. Había convocado el pueblo al Foro, y desde lo alto de los rostros, renovó su declaración de la víspera.

«Retirábase, según dijo, por amor de la paz y del bien público, pidiendo por toda gracia que se conservara de él un buen recuerdo; que se tuviera compasión de su hermano y de su mujer y de la edad é inocencia de sus hijos.» Al mismo tiempo les presentó el niño que lo acompañaba. Finalmente, sofocando las lágrimas su voz, sacó su puñal del cinturón en señal de que renunciaba el derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos y quiso entregárselo al cónsul, que no se aprestó á aceptar el peligroso presente.

La soldadesca y la plebe clamó otra vez contra aquel abandono; y viendo luego que Vitelio enderezaba á casa de su hermana, se opusieron á ello resueltamente, diciendo á voz en grito que no una casa privada, sino el palacio imperial era su habitación, y á él y no á otra parte debía ir. Esto diciendo le cerraron todas las bocas calles, dejándole sola abierta ó libre de gentío la Vía sacra que conduce al Palatino. Vitelio volvió al palacio imperial.

Sin embargo, la nueva de la abdicación había cundido, y los principales senadores y la mayoría de los caballeros, los soldados de las cohortes urbanas y de la vigilancia nocturna fueron cerca de Sabino. Un encuentro fortuito puso frente á frente á los dos partidos y fácilmente vinieron á las manos cerca del Quirinal. Habiendo llevado la mejor parte en la contienda los vitelianos, hubo de refugiarse Sabino en el Capitolio, desde donde envió un mensajero á Vitelio echándole en cara la violación de lo pactado. Esta ventaja no había reanimado el abatido espíritu del emperador: se disculpó con Sabino echando la culpa á las tropas, y despidió al mensajero haciéndole salir por una puerta secreta, «temiendo que los soldados mataran, en odio á la paz, al que se hacía su mediador.»

La noche pasó tranquilamente, gracias á una lluvia de invierno que inundó la ciudad; mas por la mañana, asaltaron el Capitolio los vitelianos, sirviéndose de las casas, que desde el ensanche de Roma se habían construido á

bátava fué la que derrotó á los arvernos y á los eduos, que los belgas formaban parte de los auxiliares de Verginio, y añade: *Vere reputantibus, Galliam suismet viribus concidisse*. Había tantos germanos entre los vitelianos, que en el saco de Roma se mataba á todos los jóvenes copulentes, porque una estatua descollada designaba á un bárbaro (*Proceritas corporum*. Tac. *Hist.* V, 14). Las mismas legiones tenían en sus filas muchos provinciales de los distritos fronterizos que habían entrado en ellas después de haber servido en las cohortes auxiliares. En Cremona, la tercera legión llegada de Siria adora al Sol, como si se compusiera exclusivamente de sirios. En el sitio de Jerusalén, hace mil actos de audacia un sirio, un bitinio, etc. (Josefo, VI, 6, 1, 8). Finalmente la desolación de los sirios á la nueva de que las legiones del Eufrates serían enviadas al Rin, prueba las relaciones de todas clases que se establecían entre los provinciales y los legionarios que tenían residencia fija en la provincia. Así estando los ejércitos acampados en la frontera, es decir en los puntos *menos romanizados del imperio*, y reclutándose principalmente al rededor de ellos, debía alterarse poco á poco su carácter y no es de extrañar que acabaran por no tener nada de romanos.

los lados de la colina, y cuyos tejados estaban á nivel del terreno de la antigua fortaleza. Durante algún tiempo los contuvieron los de adentro hostilizándolos con piedras y tejas lanzadas desde lo alto de los pórticos; pero los de afuera arrojaron antorchas encendidas que pegaron fuego á los edificios y fueron ganando terreno con el incendio.

Pero detúvolos luego una especie de trinchera singular: las estatuas de los dioses y los héroes que Sabino había acumulado á la entrada de la fortaleza. Dos ataques de flanco por el bosque del Asilo y por la escalera de las cien gradas que tocaba á la roca Tarpeya, les permitieron desembocar en la explanada.

La lucha fué breve: algunos hombres de corazón lucharon hasta morir; pero los más huyeron pronto para encontrar libres las salidas, lo que no obstó que reivindicaran después el honor de haber combatido por Vespasiano y por el Capitolio. Otros se escaparon mezclándose con los contrarios, cuya contraseña habían sorprendido. Domiciano pasó vestido con una túnica de lino, en medio de los sacrificadores, y se refugió cerca del Velabro, en casa de un cliente de su padre.

Sentado á la mesa en la casa de Tiberio había visto Vitelio el combate, y allí le llevaron prisioneros á Sabino y al cónsul Quinto Atico. Vitelio procuró salvarlos; pero á pesar de sus ruegos, el populacho descuartizó á Sabino y á duras penas pudo escaparse el cónsul.

Entre tanto, el incendio devoraba el Capitolio y el templo del imperio era pasto de las llamas.

Bajo la fe del tratado que se negociaba el ejército vespasiano se había detenido en Otricoli, y allí celebraba tranquilamente las saturnales. Cuando llegó la noticia de lo que pasaba en Roma, tomó rápidamente el camino de la ciudad: Antonio, con la infantería, por la vía *Flaminia*, y Petilio Cerialis, con la caballería, por la vía *Salaria*. Un revés que este último sufrió en los arrabales, embriagó al populacho, que se armó con todo lo que pudo encontrar y acudió ruidosamente á las murallas.

Mucho menos tranquilo Vitelio, bien que ya supiera que su hermano había sofocado el movimiento de la Campania, se trasladó á la curia, donde nada mejor se encontró que hacer que enviar á los flavios una diputación que «les aconsejara la paz y la concordia.»

Antonio recibió á las vírgenes sagradas con los mayores miramientos, y continuó avanzando hasta el puente Milvio, adonde hubiera querido retener sus tropas para evitar un combate dentro de Roma. El filósofo Musonio quiso también detenerlas con su elocuente palabra representándoles el duelo de la patria, etc., pero lo recibieron con grita y todavía hubo de correr riesgo de la vida. La presa era demasiado apetecible para renunciada, y los soldados arrastraron á sus jefes.

Hubo muchos y recios combates en los jardines de Salustio, en el Campo de Marte, y sobre todo en el campamento de la guardia pretoriana, que fué atacado en toda regla con la tortuga, las máquinas y el fuego. Los pretorianos de Otón se encarnizaban allí teniendo á honor volver á ocupar victoriosamente la lucrativa plaza que les habían quitado los pretorianos de Vitelio. Ninguno de estos tampoco pidió cuartel, al asalto del campamento; verdad es que no lo hubieran obtenido. Era, como toda aquella guerra, una rivalidad de soldados, más bien que de emperadores.

Una parte de la población ayudaba á los vitelianos; otra asistía á la batalla, desde lo alto de las casas, como á un combate de gladiadores, aplaudiendo á los hábiles y á los fuertes, burlándose de los torpes ó cobardes, de cualquier

partido que fueran; y cuando una tropa desbandada se ocultaba en las tiendas, la designaban á los soldados.

El populacho y los esclavos seguían el combate recogiendo el botín que los soldados descuidaban en el bárbaro afán de matarse unos á otros, y desbalijando á los muertos. Pero la ciudad era demasiado grande para que se batieran en todas partes, y en los cuarteles no invadidos todavía, cada cual continuaba su vida ordinaria, sus negocios y sus desórdenes: las casas de baños, las tabernas, las mancebías, estaban abiertas y llenas. La desgracia general parecía que sazónaba el placer, y la idea de la patria estaba tan muerta que á nadie inquietaba ni entristecía el sentimiento del duelo público. Algunos días después llegaron de provincias nuevas desastrosas sin turbar tampoco esta indiferencia; nueva prueba de que Roma no era ya Roma y de que el pueblo que la habitaba no tenía ya nada de romano.

Sin embargo, aquellos ciudadanos incapaces de prever y de obrar, y cuyo corazón no se abría ya ni aun al eco de los dolores públicos, supieron muy pronto á su costa, sin hacerse por eso ciudadanos más resueltos, que la cobardía ó la indolencia que aparta del peligro no es la mejor manera de sustraerse de él. Los soldados semibárbaros, que como vencedores recorrían la ciudad, habían al principio asesinado al azar; y cuando las calles estuvieron llenas de cadáveres, cuando la sangre hubo enrojecido las plazas públicas y el pavimento de los templos, registraron las casas buscando á los legionarios de las orillas del Rin: bastaba ser joven y corpulento para ser considerado legionario germano y sin contemplación ni demora degollado. Y después de la sangre, el oro: los miserables denunciaban á los ricos, los esclavos á sus amos; dábase muerte á éstos, como vitelianos, y después se entraba al pillaje. Dion y Josefo hablan de más de cincuenta mil muertos.

A Vitelio no le echaron mano hasta más tarde. «Cuando el desdichado príncipe supo que los flavios estaban en la ciudad, se evadió por detrás de su palacio, con el cocinero y el panadero y se hizo llevar en litera al Aventino á la casa que habitaba su mujer, de donde esperaba huir á la Campania. Pero poseído otra vez de incertidumbres,

otra vez volvió al palacio, cuyo silencio y soledad sobrecojeron su ánimo. Después de divagar por todas partes miserablemente, fué á refugiarse á la habitación del portero, ató el perro á la puerta y la aseguró con un lecho y un colchón.

Algun tiempo después llegaron los flavios y lo sacaron de su escondrijo. Vitelio les suplicó que respetaran su vida aunque fuera en una prisión, porque tenía importantes secretos que revelar á Vespasiano.

«Pero sin hacer caso de sus palabras que sólo revelaban flaqueza y miedo á la muerte, lo arrastraron á lo largo de la vía *Sacra*, en dirección del Foro, medio desnudo, con las manos atadas por detrás, una cuerda al cuello y la toga desgarrada, siendo miserable objeto de burlas y ultrajes: unos le tiraban de los cabellos por detrás; otros le hincaban en la barba la punta de un puñal para obligarlo á levantar la cabeza y mostrar bien la cara y ver sus estatuas derribadas y el sitio en que había perecido Galba; estos le arrojaban lodo; aquellos lo llamaban beodo, incendiario, asesino y otras mil injurias y contumelias: hasta se le reprochaban sus defectos corporales, porque tenía el rostro rojizo y granulento por el abuso del vino, el vientre voluminoso y una pierna más floja ó menos firme que la otra.

Así se le empujó hasta las Gemónias, donde le dieron muerte cruel picándolo á punta de espada. Después con un garfio arrastraron al Tiber aquellos miembros palpitantes (1) (21 dic. 69). Fué el último emperador de origen patricio.»

No merecía Vitelio las veinte páginas que le hemos dedicado; pero Calígula, Claudio y Nerón nos han mostrado lo que habían hecho del palacio y del gobierno de Augusto; y era necesario ver, con Vitelio, lo que habían venido á ser Roma y las legiones de César.



Moneda de Vitelio (gran bronce).

CAPITULO LXXVII

VESPASIANO (69-79).

I.—GUERRA DE LOS BÁTAVOS (69-70).

Vespasiano vió el fin de dos guerras comenzadas, una bajo el imperio de Nerón, y otra bajo el de Vitelio; guerras que sólo entran en la historia de su principado porque sus generales hubieron de dar los últimos golpes.

El autor de una de estas guerras, Civilis, era de raza real entre los suyos; título ambicioso que se aplicaba entre los germanos á jefes cuyo nacimiento en el seno de una familia respetada elevaba por encima de la masa de los hombres libres. Civilis tenía contra el imperio justos resentimientos: Nerón había hecho matar á su hermano y por poco no perece él también á sus manos. Habiéndolo admitido Galba en su gracia, los soldados del ejército del bajo

Rin lo acusaron de ser cómplice del asesinato de Fonteyo Cábito, y pidieron su muerte. Vitelio lo salvó por segunda vez; pero Civilis juró no cortarse los cabellos hasta vengarse. Cuando Antonio Primo proclamó á Vespasiano en Pannonia, escribió á Civilis que suscitara algún embarazo á las legiones del Rin para evitar que acudieran en auxilio de Vitelio, y el bárbaro aceptó con ardor el empeño: había perdido un ojo en la guerra y se gloriaba de ello comparándose á Aníbal y á Sertorio; como aquellos caudillos esperaba abrumar á Roma con la espada de sus súbditos.

Al recibir las cartas de Antonio, convocó secretamente á los principales de su pueblo (2), les representa vacilante la Galia, á los germanos, amigos de todos los enemigos de

(1) Suetonio, *Vitell.* 17, y Tácito, *Hist.* III, 68, 85; Plinio, *Hist. nat.* XXXIV, 7; Josefo, *Bell. Jud.* IV, 42.

(2) Los bátavos, fracción del pueblo de los catos, que se estableció en el país de las *aguas profundas*, habitaban parte de las actuales provincias de la Holanda meridional, Utrecht, Güeldres y Brabante septentrional.